

soldados, no queriendo aparecer menos sufridos que sus intrépidos jefes, seguían su marcha sin quejarse. Reputados estaban los soldados españoles en todas las naciones, de sufrir el hambre y las miserias con admirable paciencia, sin decaer en su esfuerzo; pero nunca dieron una prueba que justificase mas esa opinion adquirida, que en la conquista de las Américas. La gente de Hernan Cortés superó á sus mismos compatriotas en el sufrimiento de aquellas terribles calamidades. Los tlaxcaltecas, aleccionados en la penosa escuela de los españoles á las privaciones y á los peligros, se manifestaban no menos esforzados y resueltos.

Los escuadrones que se habian reunido de los diversos pueblos, continuaban acosando de cerca á las fatigadas tropas del caudillo español. Luchando sin descanso, abrasados de calor y sin fuerzas para sostenerse en pié, llegaron á Zacamolco, pintoresca poblacion que abandonaron sus habitantes al acercarse Cortés. Casi al penetrar en sus puertas, fueron heridos cuatro soldados españoles y número igual de caballos. Los guerreros indios dejaron de perseguirles en aquel instante, porque se acercaba la noche, y se situaron en los puntos inmediatos á la poblacion. El hambre se dejó sentir horriblemente en el ejército aliado, en esos momentos. Desde su salida de la capital, nadie habia comido otra cosa mas que maíz tostado, en escasa cantidad, y yerbas que encontraban en el camino (1). En aquella extrema necesidad, murió

(1) «Porque despues que de la gran ciudad salimos, ninguna otra cosa comimos sino maíz tostado y cocido, y esto no todas veces ni abasto, y yerbas que cogiamos del camino.»—Segunda carta de Cortés.

casualmente uno de los caballos heridos pocas horas antes, y su carne sirvió de opíparo banquete al hambriento ejército español. El mismo Hernan Cortés, que participó del magnífico festin, dice que aunque el cielo sabia la pena que recibieron por la muerte del corcel, porque, despues de Dios, únicamente confiaban en los caballos para salvarse, les consoló su carne, no dejando del animal ni aun la piel (1). Los tlaxcaltecas, no encontrando en las abandonadas casas ni un solo grano de maíz, se arrojaron al suelo á comer la yerba que crecía, pidiendo á los dioses que tuviesen piedad de ellos.

La retirada por un país en que no se conocia ninguno de los animales domésticos que mas tarde llevaron los españoles, debia ser penosa. Sin medicinas, sin víveres, sin descanso, enfermos unos y cubiertos de heridas los mas, habian atravesado una parte pintoresca del país, sin poder apreciar sus bellezas, sin ver en él mas que poblaciones desiertas y estériles montañas. Habian pasado por Teotihuacan, en los llanos de Apan, sin fijar la vista en los colosales templos levantados al sol y á la luna, cuyos soberbios restos son las páginas elocuentes en que lee el viajero la magnificencia de los antiguos monumentos levantados en aquella parte del mundo por sus primitivos habitantes. La colosal pirámide levantada al sol, en cuya elevada cúspide se descubria una enorme estatua de piedra, cubierta de oro, con una concavidad

(1) «Y nos mataron un caballo que, aunque Dios sabe cuánta falta nos hizo y cuánta pena recibimos con habérnosle muerto, porque no teniamos despues de Dios, otra seguridad sino la de los caballos, nos consoló su carne, porque la comimos, sin dejar cuero ni otra cosa dél: segun la necesidad que teniamos.»—Segunda carta de Cortés.

en el pecho, en que estaba la imágen de aquel astro, de oro tambien finísimo, era notable. La base ó cuerpo inferior media ochocientos cuarenta piés de longitud, seiscientos dos de latitud, y su altura correspondia á su inmensa mole. El templo piramidal á la luna, tenia seiscientos dos piés de largo, y quinientos diez y siete de ancho. Estos dos monumentos de la antigüedad, edificados por los toltecas, que fueron los primeros habitantes que poblaron el Anáhuac, tenian cuatro cuerpos cada uno, con igual número de escaleras, dispuestas en el mismo órden que las del templo mayor de Méjico. Esos vastos edificios, levantados por los toltecas, sirvieron de modelo á las demás naciones que pasaron de los países del Norte á las bellas regiones de aquella privilegiada parte de la América. En derredor de los dos sorprendentes templos del sol y de la luna, se levantaban suaves y pintorescos montecillos, hechos tambien por los toltecas, que eran otros tantos templos dedicados á diferentes planetas y estrellas. La magnificencia de los monumentos religiosos y el número considerable de ellos, hizo que se le diese á la ciudad el nombre de Teotihuacan, que significa *lugar de los dioses*. Aun se distinguen tres de los cuerpos de las colosales pirámides edificadas al brillante astro del dia y al melancólico y dulce de la noche, y se ven casi destruidas del todo las gradas que les separaban. Hoy esos venerandos restos de los grandiosos monumentos de la antigüedad, yacen olvidados del mundo, y únicamente atraen la mirada de algun instruido viajero que se detiene conmovido á contemplarlos. Esas elocuentes páginas, restos del libro de los monumentos primitivos de la América, se ven

actualmente invadidas por la yerba y la maleza, y es de temerse que lleguen á quedar cubiertas del todo, sin que el hombre pueda leer en ellas las obras de las pasadas generaciones.

Hoy, la hermosa ciudad de Teotihuacan, la que mereció llamarse por sus soberbios templos y grandeza *lugar de los dioses*, no es mas que una modesta aldea de muy pocos habitantes.

Cuando el ejército español, abatido y lleno de necesidad, pasó por esa poblacion, entonces de importancia, los edificios quedaron sin gente, y los soldados, no encontrando víveres ningunos en ella, se alejaron sin poder detenerse á contemplar la importancia de sus edificios.

Calmada el hambre con el opíparo banquete, debido á la carne del corcel matado, Hernan Cortés tomó una providencia que da á conocer que no descuidaba ninguna precaucion, que preveia todos los casos. Calculando que el número de contrarios seria mayor al siguiente dia, por lo que habia observado en los anteriores, quiso que los caballos se hallasen descansados para poder romper los escuadrones que le disputasen el paso. Con este fin mandó que se hiciesen muletas para los estropeados, heridos y enfermos, que hasta entonces habian ido en ancas de los corceles.

Al asomar la luz primera de la aurora, la tropa se puso en camino, marchando en la descubierta una fuerza de caballería, y guardando el órden que se habia observado hasta allí. Cuando llegó á la cima de la montaña que domina el pintoresco valle de Otumba, los soldados dirigieron la vista por la hermosa campiña, y respiraron al ver

que los guerreros indios habían cesado de perseguirles y que nada se presentaba que pudiese inquietarles. La esperanza del término de las penas animó todos los corazones. La cercanía del territorio de Tlaxcala inundó de consuelo el alma de tlaxcaltecas y españoles. Los primeros volvían á la madre patria, donde tenían sus padres, sus hijos, sus hermanos, sus mujeres, sus parientes y sus amigos. Los segundos llegaban al país hospitalario que miraban como su segunda patria, como el punto salvador y amigo donde podrían curarse de sus heridas.

El ejército aliado descendió de las montañas que circundan el valle de Otumba, acariciando las más lisonjeras ilusiones. Se consideraban ya en salvo, y el regocijo brillaba en el semblante de todos los soldados. Pronto la alegría se cambió en sobresalto. Cuando se hallaban próximos á salir de un sendero que descendía á la llanura, tres jinetes de los que iban de descubierta volvieron al galope, anunciando que los campos se hallaban cubiertos de escuadrones mejicanos (1).

Pronto contemplaron con la vista lo que escuchaban con los oídos. Al llegar á un punto descubierto del monte de Aztequemecan, por donde caminaban, descubrieron en el extenso llano un numeroso y brillante ejército que invadía el valle entero, y cuyos últimos guerreros se perdían en el horizonte. Allí estaban reunidas las milicias de Otumba (Otompan), Calpulalpan, Teotihuacan y de otras

(1) «Ya que creímos ir en salvo, vuelven tres de los nuestros de acaballo, y dicen que están los campos llenos de guerreros mejicanos aguardándonos.»—Bernal Diaz. *Historia de la Conquista*.

provincias inmediatas, con las aguerridas tropas de Texcoco y las mejicanas, que habían salido de la capital anhelantes de nuevos triunfos y de exterminar los restos de las fuerzas extranjeras. Habían llegado mucho antes que los españoles. Éstos, obligados á caminar por senderos tortuosos para evitar encuentros, habían dado un rodeo de veintisiete leguas para llegar al sitio en que se hallaban, y que solo distaba nueve de la capital. A doscientos mil hombres han hecho subir la cifra de aquel numeroso ejército la mayor parte de los historiadores. Bernal Diaz del Castillo no determina el número; pero dice que «en ninguna batalla dada en el Nuevo Mundo hubo ejército con el número de guerreros que se presentaron en las llanuras de Otumba» (1). Hernán Cortés no expresa tampoco la cifra; pero hace notar que era muy alta, al asegurar que ni un palmo de terreno, de la extensa llanura, se encontraba sin guerreros aztecas (2).

La vista que presentaban aquellos millares de escuadrones, era sorprendente. Los señores y caciques de cada provincia se habían presentado en el campo de batalla con sus más lujosos trajes, ostentando en sus armaduras, rodajas, mantos, cascos y penachos, el lujo deslumbrador que formaba su encanto. Los mejores pendientes de oro y pedrería colgaban de sus orejas y labios inferior, y magní-

(1) «Porque no se había visto ni hallado, en todas las Indias, en batalla que se haya dado, tan gran número de guerreros juntos, porque allí estaba la flor de Méjico y de Texcuco.»—Bernal Diaz. *Historia de la Conquista*.

(2) «Salieron al encuentro mucha cantidad de indios, y tanta, que por la delantera, lados ni rezaga ninguna cosa de los campos que se podían ver, había dellos vacía.»—Segunda carta de Cortés á Carlos V.

ficos brazaletes del mismo metal rodeaban sus brazos. Los soldados indios, pintado el desnudo cuerpo con resaltantes colores, figurando petos y trajes caprichosos, se apoyaban sobre sus lanzas y sus largos arcos, esperando la señal del combate. Relucientes cotas de finas láminas de oro y vistosas capas hechas de exquisitas plumas distinguía á los nobles oficiales que llevaban en alto el estandarte correspondiente á su provincia, y lujosas celadas de madera, adornadas de oro, figurando cabezas de temibles fieras, llevaban los guerreros notables, en cuyas manos se veía el terrible *maquahuitl* con sus cortantes puntas de obsidiana. En medio de aquel numeroso ejército, cuyos magníficos penachos y banderolas mecía suavemente el viento, haciendo que sus brillantes colores deslumbrasen, bañados por los rayos del sol, flameaba el lujoso estandarte que conducía en las batallas el general en jefe. Era una red de oro asegurada en la punta de una asta, que llevaba atado fuertemente á la espalda, á fin de perder antes la vida que la gloriosa insignia militar en que cifraba su honra el ejército. Mandaba los numerosos escuadrones indios que cubrían la llanura, el general Cihuaca, que se había distinguido por su valor y pericia en su larga carrera militar. Vestía un rico manto blanco y azul adornado de oro y exquisita pedrería; lucía en la cabeza un magnífico penacho de brillantes plumas; llevaba en el brazo izquierdo un costoso escudo de láminas de oro, y se ostentaba en unas preciosas andas, que sostenían en sus hombros algunos soldados. El estandarte que, como he dicho, llevaba atado á la espalda, se levantaba tres varas sobre su cabeza, á fin de que fuese visto de todas partes

por el ejército. Lo mas granado de la nobleza se hallaba al lado del general en jefe, ostentando, algunos, una cinta encarnada con que tenían atado el cabello, y de la cual pendían unas bolitas de algodón, cuyo número era igual al de las brillantes batallas en que se habían distinguido.

Cuando el fatigado y reducido ejército español vió cerrado el paso por aquel océano de guerreros que inundaba el valle hasta el pié de las montañas, hizo alto un momento, dudando si debía avanzar, exponiéndose á ser destrozado por sus embravecidas olas, ó retroceder para buscar un rumbo menos peligroso. La presencia de aquel extraordinario número de escuadrones era para infundir terror al corazón mas atrevido. Los soldados españoles temieron, pero no por eso desmayaron. Comprendieron toda la magnitud del peligro; pero se propusieron arrostrarlo luchando hasta morir (1). El mismo Hernán Cortés, al comparar las inmensas masas que llenaban el valle con el puñado de hombres que llevaba, muchos de ellos heridos y enfermos, y todos desfallecidos de hambre y de cansancio, tuvo por seguro que había llegado el último día de su vida (2). No contaba allí con los recursos de las armas de fuego. No había más que espadas y lanzas y unas cuantas ballestas que se habían salvado del naufragio de la Noche Triste, pues los siete arcabuces que no quedaron en los puentes,

(1) «Y cuando lo vimos, bien que tuvimos temor, é grande, mas no para desmayar del todo, ni dejar de encontrarnos con ellos y pelear hasta morir.»
—Bernal Díaz. *Historia de la Conquista*.

(2) «Y cierto creimos ser aquel el último de nuestros días, segun el mucho poder de los indios y la poca resistencia que en nosotros hallaban, por ir, como íbamos, muy cansados, y casi todos heridos y desmayados de hambre.»
—Segunda carta de Cortés.

eran inútiles en aquellos momentos, porque se carecía absolutamente de pólvora. Pero el ánimo de Hernán Cortés era superior á los mayores peligros. Creyó llegado el día de su muerte; pero no le arredró esta consideración. Era el hombre de espíritu sereno que meditaba, sin alterarse, en medio del conflicto, buscando en su imaginación el modo de hacer cambiar de aspecto el rostro de la adversa fortuna.

Diestro y experimentado general, formó su tropa antes de descender al valle, y se detuvo á explicar el orden que las compañías debían observar en el combate, para favorecerse mutuamente; encargó á la caballería que dirigiese la punta de la lanza á los ojos de los contrarios, y marcó á los infantes el punto del cuerpo á donde debían descargar la estocada. El escuadrón estaba reducido á veinte jinetes, y Cortés los dividió en cuatro secciones de á cinco. Debían entrar y salir á media rienda, para no fatigar los caballos, ocupándose más en derribar con ellos, que en herir con las lanzas.

Dadas las instrucciones que juzgó convenientes, dirigió una breve alocución á sus soldados, recordándoles las glorias adquiridas en todas las batallas campales. Les dijo que en todas ellas se habían visto rodeados de millares de escuadrones enemigos; pero que siempre habían salido triunfantes, porque Dios militaba de parte de los cristianos. «Pocos somos», añadió, «y numerosos los contrarios. Hemos venido á dar á conocer el signo de la redención. Luchemos, pues; y si morimos, habremos cumplido como cristianos y caballeros. Si vencemos, como espero, porque tengo fé en que Dios nos dará su amparo,

la religión y la patria ensalzarán nuestros nombres.»

Los soldados, participando del entusiasmo y de la fé de su general, se manifestaron resueltos á vencer ó morir; y después de encomendarse, dice el bravo Bernal Díaz, «á Dios y á Santa María, de corazón y de invocar el nombre de Santiago», marcharon hácia el enemigo con imperturbable serenidad.

Terrible debió ser la emoción que experimentaban, al ir acercándose al inmenso océano de escuadrones mejicanos, cuyas olas iban invadiendo el terreno que dejaban, cercándoles por todas partes. Pronto se vieron cubiertas de guerreros las mismas montañas por donde había bajado el corto ejército español. Cuando éste avanzó hasta el centro de la llanura, los batallones aztecas, dando horribles alaridos y dejando oír el espantoso sonido de sus instrumentos bélicos, se fueron acercando por todas partes, estrechando el círculo y arrojando, á medida que avanzaban, una lluvia de flechas y de piedras sobre sus contrarios. Los españoles vieron llegar las amenazantes olas con serenidad, y cuando parecía que iban á quedar sepultados bajo de ellas, la caballería, siguiendo las instrucciones de Cortés, que se encontraba á la cabeza, acometió en grupos de á cinco, por los cuatro lados, arrojando centenares de enemigos de uno y otro lado, dando lugar á que la infantería acometiese con sus espadas y lanzas. No de otra manera se abre paso la nave por en medio de las terribles olas que la combaten, arrojando á un lado y otro las que azotan sus costados (1). Pero el ejér-

(1) «Solís dice que se dió una oportuna carga de arcabuces y ballestas. Pero sufre un error, pues los españoles no tenían entonces más que siete ar-